

Las memorias de Margaret Thatcher*

Las generaciones futuras quizá se representen al siglo XX como el de la liberación de la mujer. Sin embargo y aunque su número pueda aumentar hasta su término, las mujeres que han impreso su huella en el acontecer político son muy escasas. Indira Gandhi en Asia —apostemos también por Benazir Bhutto en su segunda ascensión a las cumbres del poder...— y Margaret Thatcher en Europa son, en verdad, las únicas que cabe incluir en el elenco de estadistas y gobernantes destacados del novecientos.

Tal circunstancia, unida a la expectación despertada por una máquina propagandística bien lubricada, convierte en normal la curiosidad despertada por la aparición de sus memorias. Éstas, empero, no figurarán probablemente entre las más notables del género ni siquiera reducido a la literatura política inglesa. Involucrada todavía en los negocios públicos de su país y con una frenética actividad reivindicativa y publicitaria en las principales tribunas académicas y periodísticas de casi todo el mundo, es natural que sus recuerdos no se hayan cocido en el horno insustituible de la meditación y la calma.

Otra nota ha añadido su huella desgraciada en la redacción de las páginas de su libro, el cual se alinea nítidamente en el catálogo de aquellas memorias cuyo objetivo primario —mutado a veces en obsesión— no es otro que el del ajuste de cuentas, más doloroso en su caso por dirigirse el revanchismo contra algunos de los más íntimos excolaboradores y correligionarios. Tal vez este rasgo añada, sobre todo, dados los hábitos de nuestro

tiempo, un morbo muy atractivo para cierta índole —abundante— de lectores, mas desde el ángulo historiográfico su valor sufre una pérdida señalada. Con todo, la singular personalidad de una de las dos o tres figuras más sobresalientes del torismo británico de este siglo y el interés de la temática abordada por su punzante pluma revisten a la obra de las características necesarias para excitar a su lectura.

En el plano de la política interior tres serán probablemente los extremos que polaricen la curiosidad del crítico y del especialista. El legado frustrante que, según ella, le trasmite el gabinete de James Callaghan, sucesor de Harold Wilson desde marzo de 1976, es el primero de los temas abordados por la ex-premier. Margaret Thatcher ennegrece la herencia recibida por su gobierno en 1979 inflamada tanto por su ardor *tory* como por una lógica aspiración de peraltar su tarea. Llevada de un torismo fundamentalista y no pocas veces ramplón, llega casi a identificar al socialismo con el mal absoluto, considerando a F.A. Hayeck un crítico sospechoso de benevolencia hacia el estatismo rampante que dio tono a todo el laborismo de la postguerra. La desacertada conducta seguida por sus líderes cegó las verdaderas fuentes de la prosperidad británica con pesaroso olvido de la historia nacional. Fomentados desde el poder se impondrían el freno y la cortapisa a la creatividad personal y el aplauso a la autocompasión, el victimismo y la abstención. Las instituciones más acendradas sufrieron el menosprecio o el rechazo, mientras que el *Welfare State* rondaba peligrosamente su colapso en un momento en que la crisis petrolera volvía a dar actualidad a las recetas clásicas del mercado y la competencia como máximos, si no exclusivos, reguladores de la actividad económica. Con elegancia, la señora Thatcher cede los méritos atribuidos a la llamada revolución conservadora con que se alumbró la década de los ochenta a su querido y admirado Reagan, bien que la historia anote, sin embargo, que fue ella la primera en desempolvar de la panoplia del viejo liberalismo las medicinas y exutorios empleados, con innegable éxito, contra la recesión y el marasmo del último lustro del decenio precedente.

* *Margaret Thatcher: Los años de Downing Street (Memorias de Margaret Thatcher)*. Madrid, Ediciones El País-Aguilar, 1993, 470 páginas.

Claro es que, en estos comienzos, la cuestión sindical ocupó y ocupa ahora en las páginas comentadas un lugar preferente en la actividad desplegada por la que muy pronto sería llamada «Dama de Hierro». Apelativo, como se recordará, ganado, en efecto, por su inflexible posición en el pulso echado por los sindicatos a su gobierno y concluido, conforme es bien sabido, con la rendición casi incondicional de los que fueran árbitros y señores de la política de los gabinetes laboristas e, incluso, de la de algunos conservadores. Quizá los historiadores futuros tracen una línea divisoria en la historia del movimiento sindical europeo que pase precisamente por el pleito entre los *Trade Unions* y los *tories* al inaugurarse la penúltima década del siglo XX. Y, como es lógico, el nombre de Margaret Thatcher se escribirá con mayúscula al reconstruir este capítulo decisivo.

Las bases en que se fundamentó el denominado «capitalismo popular» y los momentos de plenitud de tal sistema centran igualmente la atención de los lectores de estas memorias en su vertiente o dimensión interna. Aunque tanto en su tiempo como posteriormente, esta revolución conservadora recibirá ásperos anatemas por su descarnado darwinismo y su insolidaridad con los sectores más desfavorecidos, la historia atestigua que la productividad y riqueza de la nación británica alcanzaron niveles destacados, si no equiparables a las de los días imperiales, comparables muchas veces a las de las economías más evolucionadas del momento. Siempre imbuida de las glorias victorianas y penetrada de los acentos épicos de su tradición más chauvinista, la «Dama de Hierro» dejará correr morosamente su pluma en la descripción de tales fastos y hazañas. El historiador no puede dejar aquí de ser sensible a la íntima y absorbente conciencia histórica poseída por la antigua primera ministra, rival en tal punto del mejor Churchill y con el De Gaulle de la *grandeur* y la sacralización del «Hexágono». Guiada por este espíritu nacionalista, Margaret Thatcher no vacilará en echar su propia aportación al rearme económico y político de la Inglaterra de los años ochenta al atribuir a su marcha por los railes de la tradición el mérito mayor de este *revival*.

Naturalmente, será su adiós al poder el último de los núcleos que imanten la atención de los lectores de estos recuerdos. Lo dicho más arriba acerca del resentimiento que tiñe la descripción de su postrera andadura go-

bernante es quizá suficiente para que estas líneas la apresuren. Por otra parte, además, los comentarios suscitados a raíz de su aparición en Inglaterra en la prensa de las Islas y del Viejo Continente, han quedado imantados por los lances y peripecias de la lucha desatada entre bastidores para poner fin a un período que se estaba convirtiendo en una «era». Bien es cierto, sin embargo, que la psicología histórica, la sociología del poder y acaso la politología y la filosofía política enriquezcan sus contenidos con el análisis detallado de la crisis que puso abrupto fin al mandato democrático de la «Dama de Hierro», revalidado por las urnas en tres elecciones generales.

En este extremo también le agradecería al crítico dejar constancia —en este caso admirativa— de la afeción de Margaret Thatcher por el sistema parlamentario y su símbolo más entrañable, la Cámara de los Comunes. El canto epinicio, arrebatado y casi romántico, en una pluma poco o nada encandilada por el trémolo o la vibración, que Thatcher entona a la Cámara Baja, resulta ilustrativo y hasta conmovedor desde países como el español, en los que el parlamentarismo y sus instituciones no han despertado sino intermitentemente un ancho caudal de emociones y adhesiones. En tanto, el reloj de la democracia británica sigue marcado por los Comunes y la grandeza de la política británica permanece incommovible. «Nadie que no entienda a la Cámara de los Comunes podrá entender nunca la política británica. La Cámara no es sólo otro cuerpo legislativo. En ocasiones especiales se convierte en una forma casi mística del sentimiento nacional...» (pág. 110).

Aunque propiciada por los derroteros inesperados adoptados por las respuestas ante el impopular *poll-tax*, su caída fue una revolución de palacio, al margen, pues, de las costumbres y hábitos de la política británica. Ni siquiera la dimisión del política y físicamente resquebrajado Neville Chamberlain se debió en 1940 a luchas intestinas en el partido conservador. Tampoco el ocaso de Anthony Eden se vio acibarado por la lucha sin cuartel de sus diadocos. Por lo común, estas guerras intestinas se han desarrollado en las filas del conservadurismo británico en sus interregnos del poder, como consecuencia casi inevitable de la pérdida de carisma y autoridad de los líderes que precedentemente lo condujeron a la victoria, a la manera como ocurriera con Edward

Heath desbancado por la propia Thatcher a fines de los años setenta.

Pero por mucho que se empeñe la víctima, la verdad es que ni los actores ni el escenario de la felonía que precedió y causó su abandono de Downing Street son novedosos. La historia presenta casi desde sus orígenes páginas escritas con la misma tinta. Los incondicionales de la víspera, de los días de gloria y esplendor, se mutaron en encarnizados enemigos o en cómplices despreciables, si no alevosos, de la defenestración. Olvidándose del sabio consejo de Chateaubriand, según el cual en tales ocasiones hay que ahorrar el desprecio y seleccionar la cólera, Thatcher persigue con implacabilidad toda sombra de deslealtad o presumible traición en la hora en que, por el cerco de los barones del turismo, muchos de ellos encumbrados, como John Major, por decisión o admiración de la «Dama de Hierro», no encontró otra opción para preservar su dignidad, y con ella la salud e integridad del partido, que la dimisión. Pese a que sus lecturas de los clásicos no parecen ser ni muy frecuentes ni actualizadas, Margaret Thatcher semeja impelida en la narración de su retirada por el desastrado fin que tuvieron todos los asesinos de César. No otra cosa parece desear —y ardientemente— ella. La muerte política de Major, Michel Heseltine, Nigel Lawson, Douglas Hurd o el más representativo de los *grandes* conservadores, Geoffrey Howe, calmaría una sed de venganza que no puede —y acaso tampoco desee— ocultar en sus memorias la hoy baronesa. Como tragedia clásica o shakespeariana o, mejor, como novela de aventuras e, incluso, parcialmente, como culebrón, los últimos días del mandato de la «Dama de Hierro» —noviembre de 1990— propician la lectura de sus sucesos y peripecias, pero no acrecen la sensibilidad o el conocimiento de la historia por privilegiar la anécdota sobre la categoría. La falta de elegancia en la reconstrucción de acontecimientos y personajes devalúa el valor del testimonio, aunque, naturalmente, no lo descalifica, dado, sobre todo, su puntillismo descriptivo. En fin, como otras tantas veces ha acaecido en la historia, un penoso fin para una rutilante trayectoria. Tema a la par digno de la meditación ascética y de la reflexión historiográfica.

El dramatismo y espectacularidad de estos capítulos no debe hacernos olvidar otras de las dimensiones más destacadas del libro comentado. La nostalgia del impe-

rio empapa toda la ideología thatcheriana; y era así lógico que el retorno a buena parte de su ideario en el plano interno encontrase trasunto fiel en el internacional. Una vez ingresada de pleno derecho Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo, tras haber levantado Pompidou el veto gaullista, conservadores y laboristas fueron aplicados miembros de una Europa basada en el liderazgo germano-francés. Con Thatcher la situación experimentó un giro radical; y un verdadero ciclón se desató sobre los despachos de los eurócratas bruseleses y las hasta entonces sosegadas cancillerías de los integrantes de la Comunidad.

Puestas al día y arregladas las siempre difíciles cuentas de las aportaciones británicas al fondo comunitario, la primera ministra inglesa quiso hacer buenos los augurios y temores del general para el que Inglaterra no pasaría de ser un caballo de Troya de los intereses y la política americanos en el Viejo Continente. De callado y disciplinado miembro, el Reino Unido pasó a ser, en el transcurso de poco tiempo, uno de los grandes protagonistas en los proyectos, calendario y política agrícola y no agrícola del club de Bruselas. Doctrinas, metas y realizaciones británicas se analizan con latitud en la obra comentada, convertida por ello en fuente indispensable para el estudio de la idea y la construcción europeas a fines del siglo XX. Aquí la agresividad y el lenguaje directo de la «Dama de Hierro» se concilian mejor que en el plano interno con el respeto y hasta el aprecio de adversarios y contradictores.

A pesar de que su esclarecimiento sea labor de los historiadores futuros, Thatcher se afana por demostrar, con certeros cálculos, la potenciación imparable de Alemania, como secuela ineluctable de la crisis de los regímenes comunistas, y la inviabilidad de mantener *in aeternum* el modelo del Estado del bienestar, singularmente en países de economía no demasiado robusta. Incluso la idea cada vez más clara, si no asumida por la Europa occidental, de que la reunificación alemana ha de ser pagada por todos los habitantes de la Comunidad fue columbrada por la ex-premier en las horas radiantes del invierno de 1989-90, de creer en su confesión, que ilustra también, en primera persona, de las perplejidades y maquiavelismos asaz rústicos a que dio lugar en las cancillerías y palacios presidenciales la unidad alemana, objeto desiderativo en las precedentes décadas de innumerables dis-